Sala y Saurbi,
Eduardo

Historia de Aurelia y
Florinda

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 11

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00044.11

Control Number: ADT-5696
OCLC Number : 29732765
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HAUR
Author : Sala y Saurí, Eduardo.
Title : Historia de Aurelia y Florinda, ó, La gruta del diablo / original de D. Eduardo Sala.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: RS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DE
AURELIA Y FLORINDA,
ó
LA GRUTA DEL DIABLO.

Original de D. Eduardo Sala.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA
DE
AURELIA Y FLORINDA.

LUDIGIO.

Hubo un tiempo que en la fértil campiña del Gratz, hermosa capital de la Stiria, en Austria, vivia un rico y anciano pastor llamado Ludigio, en compañía de sus dos bellas y jóvenes hijas, huérfanas de madre, llamadas Aurelia la mayor y Florinda la otra. Ludigio, por su probidad, fué nombrado por el emperador de Austria recaudador de los réditos tributarios que los aldeanos de aquella comarca pagaban al soberano, para la concesion de la labranza y pasto de sus reses. Las recaudaciones debian ser entregadas el dia 23 de mayo de todos los años al recaudador general, que vivia en Gratz, para al 1.º de junio hacer este su entrega respectiva al tesorero real en Viena.

Erase, pues, al amanecer del dia 23 de mayo; las dos pastorcillas acompañaron su rebaño al pasto por los riscos y cerros de los montes vecinos. Ludigio, montado en su mula de viaje, se dirigia á Gratz con las recaudaciones de aquel año en un taleguito de cuero.

La choza del pastor distaba dos millas de Gratz; los montes por donde pacía el rebaño de las dos hermanitas pastoras estaba á media milla escasa de la choza. Cerca de una hora haría que estaban en el pasto, cuando Aurelia apercibió una negra nubecilla que avanzaba por el horizonte, de la que dedujo una próxima tempestad. Comunicólo á su hermana, y ambas á dos acordaron reunir sus reses y regresar á su cabaña. Así lo hicieron; más apenas entraron en la choza, despues de encerrados sus corderos, cuando una densa oscuridad invadió la campiña, prorumpiendo á los pocos momentos en un fuerte aguacero, acompañado de una infinidad de relámpagos y truenos. La tempestad se prolongó por espacio de dos horas; despues aplacó su ímpetu furioso, sucediéndola, hasta á las cuatro de la tarde, una halagüeña y apacible lluvia de verano. Serian las tres de la misma tarde cuando las dos partorcillas empezaron á inquietarse por la tardanza de su padre; y recelando alguna desgracia propia de un dia tempestuoso, pues la tormenta habia estallado mucho antes del tiempo que necesitaba Ludigio para llegar á Gratz, determinaron recorrer algun trozo del camino, para ver si encontraban algun indicio que las orientase acerca de la tardanza de su padre. Al efecto se quitaron las pequeñas albarcas que aprisionaban á sus lindos piés, y enlazaditas de las manos, ligeras como dos cervatillas por el lodo del camino, llegaron á un recodo que en este formaba un pequeño bosquecillo que se estendia á la izquierda del sendero. Se pararon, y reconociendo que la frondosidad de aquellos árboles ofrecia abrigo al caminante en tales circunstan-

cias, y calculando, por la distancia, que en aquel sitio debia haber cogido la tempestad á Ludigio, se internaron en él.

En este bosquecillo quedaban aun los derruidos paredones de una reducida capilla católica que, bajo la advocacion dé la Virgen de las Mieses, era venerada de todos los labriegos de la comarca; habiendo sido despues entregada á las llamas en el apogeo de una revolucion. A estas ruinas se acercaron Aurelia y Florinda, y, ¡qué horror! al pié de ellas estaba el yerto cadáver de Ludigio cosido á puñaladas y con el taleguito vacio encima de su cuerpo. Las dos niñas se quedaron horrorizadas y abrazadas mútuamente, sin atreverse á dar un paso ni para adelante ni para retroceder. La lluvia empezaba á caer copiosamente, convirtiéndose en tempestad; esta arreciaba: eran las cuatro de la tarde.

En este estado permanecieron largo rato, hasta que recobradas de su parasismo, dijo Florinda:

—Llora, Aurelia, llora. ¿Qué será de nosotras tan jóvenes y sin amparo?

—¡Ay, Florinda! que bien nos lo decia el corazon cuando empezamos á temer por su tardanza. ¿Pero qué alma villana, qué corazon de hiena pudo así cebarse en nuestro querido padre, tan bueno, tan inofensivo?.....

—Algun codicioso que sabria el objeto de su viaje á Gratz, puesto que encontramos el taleguito vacio.

—¡Pero si no hay memoria de que se haya cometido nunca un crímen semejante en estas campiñas!

—Pues ahora ya lo ves.

En esto, reparó Aurelia, atada al robusto tronco de una encina á la mula de su padre, y dijo:

—Mira, Florinda, al tronco de aquella encina está atada nuestra mula. No se la han llevado los asesinos.

—Mejor, así nos servirá para regresar á nuestra choza y para ir mañana á Gratz á poner en conocimiento de la justicia la triste desgracia que pesa sobre nosotras.

—Más antes oremos, hermana mia, junto al cadáver de nuestro querido padre.

—Oremos, repuso Florinda.

Y postradas de rodillas junto al yerto cadáver de Ludigio, elevaron al Señor una fervorosa plegaria. Despues se levantaron, y acercándose á la mula la desataron, y cuando se preparaban á montar estalló en pleno la tempestad por segunda vez.

Refugiadas en las ruinas las dos pastoras, con la mula, aguardando á que aplacase la tormenta que, á pesar de los aterradores rayos que la secundaban, solo duró media hora. Despues, cabalgando en su mula, se dirigieron las dos hermanas á su choza, dispuestas al siguiente dia á comunicar á la justicia, en Gratz, el asesinato de su padre. Pero... ¡oh doble fatalidad! la choza estaba convertida en una áscua de fuego; parecia que Dios habia extendido su mano vengadora sobre aquella sencilla morada y sus habitantes: tres fueron los rayos que destruyeron la choza de Ludigio.

Cuando á presencia de semejante espectáculo se lamentaban las dos niñas de su desgraciada suerte, se las apareció una jóven y bella señora, sueltos los gruesos mechones de su hermosa cabellera y vestida con un traje de raso blanco, salpicado de estrellitas de oro, no ajustado al cuerpo, semejante á las diosas del empíreo. Prodigólas infinidad de consuelos y la ofreció su proteccion. Aurelia y Florinda se adhirieron á la benevo-

lencia de la rica matrona, y esta, sin dejar que se apeasen, sacó un frasquito de oro de su seno, y dijo: soltad la brida sobre la crin de la mula, ella os conducirá á donde yo os aguardo; allí donde se pare os apeareis.

Vació algunas gotas del líquido que contenia el frasquito de oro en una de las orejas de la mula, con lo cual emprendió esta un rápido galope, como si fuera en alas de los vientos, perdiéndose, con las niñas, por entre la densa niebla que sucedió la tempestad. La matrona se metió en la derruida cabaña, desapareciendo por entre los ardientes tizones.

LA DAMA DEL FRASCO DE ORO.

Rápida y velozmente, como impulsada por un mágico resorte, al amanecer del dia siguiente, con grande admiracion y sobresalto de las dos niñas, llegó la briosa mula á las puertas de la ciudad de Inspruck, capital del Tirol. Detuvo su veloz carrera, y con paso mesurado entró en la ciudad, cuyos habitantes estaban aun entregados al descanso de la noche que acababa de espirar. Llegó, por fin, frente á un grandioso palacio, en cuya puerta principal, abierta de par en par, estaban aguardando cuatro jóvenes criados de rica y lujosa librea. Aurelia y Florinda se apearon de la mula. Uno de los criados cogió á ésta del freno y se la llevó; los otros tres acompañaron á las dos pastoras por espaciosas escaleras de mármol y ricos corredores del palacio, hasta llegar á una lujosa estancia, cuyo piso estaba hermosamente cubierto de ricas alfombras de Persia, que reflejaban sus caprichosos dibujos en mas de cien lunas de Venecia que adornaban la habitacion. Blandas otomanas de terciopelo de Utrech con ancho respaldo se ofrecian á la perezosa movilidad de los que en ellas se sentaban; en el centro un mullido lecho aromatizado, que por su elegante construccion parecia más bien una góndola del golfo veneciano, fué señalado á las dos niñas para reponerse de las fatigas de se incómodo viaje. Los criados se retiraron dejando solas á las dos recien llegadas, que, sin proferir una sola palabra tomaron posesion de apuel lujoso lecho quedando en seguida presas del más profundo sueño. Morfeo dejó caer sobre ellas la mano del insomnio, mintiéndolas la realidad de los acontecimientos; soñaron con su padre, su choza y sus corderos.

Estaban ya bajo el techo de su incógnita protectora, la dama del frasco de oro.

La famosa campana de uno de los templos de Inspruck, cercano al palacio, daba las once de la mañana, cuando las dos niñas despertaron al eco de una voz que las llamaba por sus propios nombres. Era la dueña del palacio que las invitaba á almorzar en su compañía. Aurelia y Florinda, con la sencillez propia de su edad y sus costumbres, rehusaron el convite; pero como su protectora insistiese en que debian almorzar con èlla, cedieron á su imperiosa invitacion, y se levantaron del lecho donde yacian vestidas.

Siguiendo á la rica matrona llegaron á una sala-comedor cuyas paredes, para excitar el apetito, reproducian, pintados al óleo, infinidad de esquisitos y sabrosos manjares. En el centro de una mesa redonda de plata, circuida de tres hermosos sillones del mismo metal, las brindaba con el opíparo almuerzo que en ella debia servirse. Sentadas en los sillones, Aurelia á la derecha y Florinda á la izquierda de su protectora, los cuatro

criados sirvieron el almuerzo, escanciando en las copas de oro los ricos vinos holandeses del Harlem y Zuidercée con los licores prusianos del Ems y Mosela, á cuyos vapores poco acostumbradas las dos pastoras, se sintieron entorpecidas hasta quedar profundamente dormidas de codos en la mesa, lo cual visto por la señora del palacio, llamólas por si despertaban, mas viendo que su sueño era pesado y profundo, se levantó silenciosamente y agitando una pequeña campanilla comparecieron los criados y les dijo:

—Llevaos estas dos niñas al patio de los cisnes, y montadlas en dos de los caballos aéreos.

Cada dos criados cogieron una silla y se llevaron en ellas á las dos pastoras. La hermosa dama desapareció repentinamente de la sala.

EL ARROYO DE SANGRE.

El patio de los cisnes era una especie de grueso muro de cal y canto, pegado al palacio, de forma semicircular, en cuyo centro se veian aun los restos de un estanque oval en el que se bañaron, surcando sus limpias aguas, una infinidad de blancos y orgullosos cisnes, cuando á su alrededor crecian maravillosamente la acacia, el rosal, la carolina, el tulipan y otras miles de balsámicas flores; constituyendo así el más ameno jardin señorial de todo el imperio austriaco. Pero á la época á que nos trasladamos no quedaban más, como ya hemos dicho, que el grueso muro y parte del espacioso estanque; viniendo tradicionalmente llamándose aquello *el patio de los cisnes*. A lo largo de uno de los ángulos del muro fué construido, hacia poco, un desahogado pesebre, donde se veian aposentados como unos veinte caballos del aire, propiedad de la señora del palacio.

A este patio, pues, llegaron los cuatro criados llevando en las sillas á las dos pastoras dormidas. Dejáronlas silenciosamente en tierra para sacar del pesebre á dos briosos caballos hermosamente enjaezados, levantando sobre sus lomos, cada uno, dos barrotes de plata de noventa centímetros de alto, de cuya parte superior colgaban de esas cómodas y sencillas camas en que seductoramente se mecen las bellas mejicanas, y á las que dan el nombre de *hamacas*; tejidas, las de Aurelia y Florinda, de puro hilo de oro.

Con toda la precaucion debida fueron las dos niñas colocadas, sin despertar, en sus respectivas camas; cuando uno de los criados vació en las orejas de los caballos el líquido del *instinto*, como lo habia hecho el dia antes la rica matrona en la mula de Ludigio.

Los caballos aéreos emprendieron rápidamente su ascension manteniendo el equilibrio de las hamacas; y despues de cruzar el horizonte á través de las nubes, descendieron en medio de un espeso y prolongado bosque cerca del monte Pelion, en el sud de la Turquía europea.

Despertó Aurelia al poco rato de la descension de los caballos, y al verse en tal posicion y en medio del bosque, empezó á llamar á su hermana á grandes voces. Despertó Florinda, y con la más grande admiracion prorumpió en tristes exclamaciones, arrancando ambas un copioso llanto; y se apearon sobresaltadas. Cuando los caballos se sintieron libres de la carga que llevaban, emprendieron de nuevo su ascension, perdiéndose entre las nubes, á la vista de las dos pastorcillas, que contemplaban todo aquello con el mayor asombro.

—Ay, Florinda! dijo Aurelia, estamos perdidas; esa señora nos engaña.

—Tengo sed; fué lo único que contestó Florinda.

—Esto es un desierto, dijo la mayor de las dos pastoras. No se ve alma viviente; solo hay aquí fieras voraces que nos matarán quizás... Poro andemos, hermana mia.

Empezaron á andar absortas y distraidas, cuando al poco tiempo vió Aurelia que su hermana se hincaba de rodillas; preguntóla qué iba á hacer, á lo que Florinda respondió que á beber agua del arroyo. Efectivamente. Aurelia advirtió que habian llegado á un cierto punto pōr donde serpenteaba un arroyuelo, cuya agua era de color de sangre; iba á reconvenir á su hermana porque bebia de aquella agua, y se distrajo viendo que, en contra de la corriente, subia por el arroyuelo una fragata en miniatura de oro macizo con el velamen de escarlata. Llamólas la atencion, y con objeto de apoderarse de ella, despues de saciada la sed de Florinda, fueron siguiéndola por lo márgen del arroyo, que por lo demasiado ancho las imposibilitaba de alcanzarla. Llegaron, por fin, al pié del monte Pelion y la vieron perderse en la concavidad de un puente subterráneo que formaba parte de la base de un antiguo alcánzar que se levantaba magestuoso á la falda del monte.

Al llegar á este punto, Aurelia y Florinda dieron un grito horrible: al pié del alcázar y junto á la márgen del arroyo vieron el cadáver de un jóven horrorosamente degollado, de cuyo cuello emanaba aun la sangre, mezclándose en las aguas del arroyuelo de aquel siniestro color. Al propio tiempo oyeron los acordes acentos de una armoniosa música acompañada del alboroto y algazara de un báquico festin, que salia del interior del alcázar. De pronto un repentino silencio dejó oir, solo y acompasado, el eco de una voz acompañada de un laud, cantar la siguiente copla:

Triste Bardo cuya lira
pulsa temblorosa mano,
porque de un amor tirano
lamentas la ingratitud;

Busca el goce en los placeres,
espansion en las orgías
y olvida las melodías
de tu doliente laud...

—Esa es la puerta de la casa, dijo Aurelia extendiendo el índice en direccion á una puerta que no lejos se presentaba. Vamos á llamar.

—¿Y si fueran asesinos los que hay dentro? observó Florinda con algun espanto.

Entonces su hermana, acordándose de algunas anécdotas de ladrones y asesinos que le habian contado á ella los pastores en el campo, y que en ninguna de ellas se refería que los malhechores hicieran nunca ningun daño á las niñas perdidas y bonitas, la convenció y determinaron llamar á la puerta del alcázar.

LAS TRENZAS DE LA REINA.

—¿Quién vá? preguntó una voz de dentro del alcázar, despues que dejaron caer dos veces consecutivas el macizo aldabon de la puerta.

—Dos niñas que, cansadas de divagar, perdidas por estos bosques, os piden hospitalidad, respondió Aurelia con acento lastimero.

La puerta se abrió: un jóven y apuesto criado, vestido con igual traje que el degollado de la márgen del arroyuelo, se presentó á la vista de las dos pastoras.

—Entrad, las dijo.

Aurelia y Florinda fueron conducidas por un criado á un espacioso y rico salon adornado al estilo turco, en cuyo centro habia una grande mesa de palo santo con incrustaciones de oro, provista de ricos manjares y ópimos frutos del país. Sentados alrededor de ella estaban los nobles cortesanos de la Sublime Puerta en la mas completa embriaguez, de donde procedia el alboroto y algazara que habian oido las dos niñas.

El salon recibia luz por dos grandes ventanas góticas que se abrian á la parte norte del edificio; en la distancia que mediaba de una á otra ventana, se elevaba un lujoso trono, en el que estaba sentada una gran señora, cuyas sienes ceñían la corona real; su fisonomía, á pesar del alborozo de los cortesanos, era triste y macilenta.

Durante el canto del trovador, que las dos pastoras escucharon sin comprender, mientras contemplaban el cadáver del jóven degollado, se presentó á ella una hermosa jóven, con traje de raso blanco salpicado de estrellitas de oro, y la dijo:

—Hermosa sultana: hoy ha bebido en el arroyo de sangre una jóven doncella. Pronto llamará á las puertas de tu alcázar.

Marchóse la jóven hermosa, y la sultana dió órden al criado-portero que franquease la entrada á cualquiera que llamase. Hé aquí, pues, por qué Aurelia y Florinda no encontraron obstáculo en la hospitalidad que pedian. El criado acompañó á las dos pastoras á los piés del mismo trono. Las dos niñas se mantuvieron en pié sin ninguna reverencia ni consideracion.

—¿Cuál de vosotras es la que ha bebido en el arroyo? preguntó la reina.

—Yo, señora; dijo candorosamente Florinda.

Asomó en los lábios de la sultana una sonrisa irónica; de pronto dijo:

—Nobles y cortesanos, súbditos y vasallos, por Omar y Mahoma escuchad todos.

Aquellos que, á pesar de su embriaguez, podian mantenerse en pié, repeliendo la pesadez de sus cuerpos, hicieron corro alrededor del trono.

—Cuando, hace cinco años, dijo la reina, arrebaté del trono de mis padres, en Constantinopla, á mi hermano Bed-fali-homet, llevándole prisionero á este alcázar, donde existe todavía, en el primer festin que, como hoy celebramos en conmemoracion del primer año de mi reinado, me profetizó como saben todos mis vasallos, el sábio mago y adivino Bulsigni, tan celebrado de todo mi imperio, que mi reinado seria próspero y feliz, pero que mi horóscopo no limitaba el tiempo de su duracion. Al efecto, y para que yo pudiese conocer el fin de mi mando sobre la Turquía, me dijo que todos los años, antes de entregarnos al goce de los festines que en este castillo, como costumbre, hemos celebrado hasta hoy en todos los cumpleaños de mi reinado, sorteara á mis jóvenes criados, y aquel á quien cupiese en suerte fuese degollado al márgen del arroyo que besa los muros de este castillo, cuya agua se teñiria en toda su extension de color de sangre. Añadió que beberian de ella los hombres, las mujeres, los niños y hasta las fieras montaraces; pero, ¡ay de mí y de mi imperio el dia que bebiera del agua una doncella! Pronto vereis el cumplimiento del augurio del célebre mago: hoy, quinto año de mi reinado, ha bebido en el arroyo la más pequeña de las dos niñas que teneis á vuestra presencia.

—Mueran las dos; dijeron á voz en grito los beodos caballeros.

Aurelia y Florinda estaban en medio del corro; levántase la sultana del trono, y ordenó á sus criados que llevasen á las dos pastoras á un calabozo contiguo al en que estaba prisionero el rey. Las dos niñas ignoraban todo lo que la reina dijo, porque no poseian el idioma turco; pero cuando vieron que se apoderaban de ellas bruscamente, que eran llevadas á la fuerza, sin atender á sus reclamaciones; cuando pasaron por los lóbregos corredores subterráneos del alcázar, donde habia apostados varios centinelas que guardaban el calabozo de Bed-jalí homet, previeron lo desastroso de su situacion; mas, cuando se vieron encerradas en el calabozo que mandó la reina, sin tener donde sentarse ni recostarse siquiera. En esta posicion y sin probar ningun alimento pasaron hasta las doce de la noche, á cuya hora sintieron pasos y apercibieron luz por entre las rendijas de la vieja puerta del calabozo; abrióse esta, y Aurelia y Florinda quedaron estupefactas: tenian delante de sí á la dama del frasco de oro con una linterna en la mano. Las dos niñas se postraron á sus piés haciéndola varias reclamaciones; la dama las tranquilizó manifestándolas que nada las sucederia si se atrevian á hacer lo que ella iba á proponerlas. Llamó á Aurelia, por ser la mayor, la entregó la linterna, un puñal y unas tijeras, diciéndola que fuera recorriendo las habitaciones del alcázar, segura de que no encontraria ningun criado que la obstruyese el paso; y que llegado que hubiese al dormitorio de la reina, se acercase al lecho, la asesinase, la cortase las trenzas de sus cabellos y que volviese con ellas al calabozo. Reiterólas que únicamente así podian salvarse. Florinda se opuso á ello; pero Aurelia, menos miedosa, considerándose perdida, salió con resolucion del calobozo, dejando á la dama y á su hermana en la más completa oscuridad. Al poco rato volvió Aurelia con el puñal ensangrentado y las trenzas de la reina.

—Bravo, muy bien; dijo la dama, y abriendo una secreta tapa que habia en el calabozo, dijo á las niñas, despues de haberle entregado Aurelia el puñal, las tijeras, la linterna y las trenzas:

—Bajad con cuidado por esta escalera que yo iré alumbrando.

Las niñas descendieron por la abertura, tras ellas la dama, y la tapa volvió á caer, como si nada hubiese sucedido en aquel lóbrego recinto.

LA DESPEDIDA.

Varios fueron los sótanos y corredores que en las estrechas sinuosidades de aquel alcazar tuvieron que recorrer las dos pastoras para salir al campo, siempre guiadas de su misteriosa protectora que seguia constantemente alumbrando con la pequeña lamparilla que llevaba.

Los primeros albores de una purísima aurora matizaban con sus vivos colores el despejado azul del cielo, cuando se vieron en completad libertad junto á los muros del castillo y en medio de la mas hermosa campiña. Doblaron uno de los ángulos de la robusta muralla, y un gracioso relincho de jóven caballeria las advirtió que estaban allí aguardando dos caballos del aire, los mismos quizás que se habian llevado á las dos pastoras del palacio de Inspruck, pero no ya con las hamacas, sino con dos hermosas sillas de terciopelo azul con bordaduras de seda. Los caballos, atados al tronco de un frondoso sauce, eran vigilados por dos criados que estaban perezosamente tendidos sobre el césped. Al advertir que la rica

matrona, en compañía de las dos niñas, se iba acercando á ellos, se pusieron de pié y las saludaron. Las dos pastoras y su libertadora les devolvieron el saludo, y fueron á sentarse á un viejo poyo que á su paso se encontraba, para entablar en él la siguiente conversacion:

—Pero, señora, dijo Aurelia, ¿qué pensais hacer de nosotras?

—Conozco vuestra inquietud, respondió la dama, por los azares que os han surgido; pero no debeis desconfiar de mí ni de la proteccion que os tengo ofrecida; pues ya visteis cuán fácilmente os he libertado de la infalible muerte que os aguardaba.

—Obligando á mi hermana á que asesinase á la señora del castillo, observó Florinda con espanto.

—La fuerza de su sino, no tu hermana, es quien la ha privado de la existencia.

—¡Pero señora!... interjeccionó Aurelia.

—Ayer, interrumpió la dama, os hice traer por mis caballos del aire á este bosque, por el que anduvisteis perdidas parte de la tarde; luego yo misma, transformada en una diminuta fragata de oro, os guié al castillo. Despues, mientras absorbia toda vuestra atencion el cadáver del jóven degollado y la armoniosa música del alcázar, me presenté á aquella señora y la dije que Florinda habia bebido en el arroyo. Esto era para ella una desgracia y queria mataros; su destino ha querido que fueses tú, Aurelia, quien matases á ella.

Las dos niñas escuchaban con el mayor asombro. La dama prosiguió:

—Estos dos caballos que veis amarrados al tronco de aquel sauce, van á trasladaros á la principal de las islas del archipiélago turco, llamada Creta. En la parte más desierta de esa isla hay una gruta, que fué habitada mucho tiempo por el diablo, mientras se ocupaba en la perdicion de una jóven penitente que elevaba sus preces al Señor en aquellas soledades. Hoy reside en ella un poderoso gigante para cuya destruccion se ha trabajado en balde mucho tiempo, y como él es un obstáculo á mi poder, yo, que he descubierto el secreto de su muerte, pues el puñal y el arma de fuego son inútiles para ella, me valgo de vosotras, pobres niñas huérfanas y sin amparo, para que al mismo tiempo que me prestais á mí un cuantioso favor, os proporcioneis vosotras el único medio de haceros ricas y felices en este mundo.

—¡Ah! no, dijo Florinda que previa en todo lo de la dama un misterioso arcano, volvednos á Gratz, que bastante ricas y felices seremos si nos dan á guardar sus ganados nuestros conocidos pastores.

—Hablad, señora, dijo Aurelia sin atender á la exclamacion de su pequeña hermana.

—El gigante de la gruta del diablo, prosiguió la dama, únicamente puede morir extrangulado por las trenzas de una reina, la señora que tú, Aurelia, has muerto en el castillo era una princesa turca que destronó á su hermano el rey Bed-jali homet, proclamándose sultana. Toma, pues, sus trenzas convertidas ya en un fuerte dogal, ahí tienes ese pomito, el puñal y estas dos pequeñas cajitas de oro.

—¿Para qué todo esto? dijo Aurelia tomando lo que le daba la dama.

—¿Qué vas á hacer, hermana? preguntó Florinda.

—Oid, los caballos os dejarán cerca de la gruta: esta tiene en la parte superior de su abertura una media luna de hierro; aguardareis á la noche, y cuando veais aparecer en ella el *fuego de Santelmo*, que es una

ráfaga de luz azulada que aparece tambien muchas veces en las veletas de las torres, penetrareis en la gruta: de pronto se os aparecerá el gigante dormido en una grande cama oriental; le echareis dentro de la boca unas gotas de lo que contiene este pomito, que le dejarán instantáneamente narcotizado; le pasareis el lazo por el cuello; y sin grande esfuerzo, tirando cada una en direccion opuesta le quitareis la vida. Despues con el puñal le sacareis los ojos colocándolos en las dos cajitas de oro, que guardareis afanosamente; porque con ellos, pidiéndolo no mas, lograreis volver á la vida á vuestro querido padre, recobrareis vuestra choza, vuestros ganados y todo cuanto apetecieres. Con esto sereis ya bastante felices, y como para nada más me necesitareis, me despido ahora para siempre de vosotras.

Nada mejor podia la dama ofrecer á las dos huérfanas para decidirlas á sus bárbaros proyectos. Un confuso rumor salido del interior del alcazár las obligó á abandonar aquel sitio.

—¡Qué es esto! exclamaron las dos niñas.

—Nada, respondió la rica matrona; ya se ha descubierto en el castillo la muerte de la reina y la evasion de las prisioneras.

—Pronto á los caballos, dijo Aurelia.

Esta y su hermana subieron al suyo respectivo, y la dama, despues de repetir la operacion del líquido del instinto, las vió ascender hasta las nubes. Despues se marchó seguida de los dos criados.

LA ISLA DE CRETA.

Con la celeridad de una chispa eléctrica cundió por todo el imperio turco la muerte de su sultana, como tambien la evasion de las dos pastoras autoras del asesinato.

Referíase que durante el festin se habia presentado á la reina una misteriosa dama para hacerla alguna observacion acerca del arroyo de sangre; por lo cual las sospechas del regicidio recayeron sobre ella y las dos prófugas; pero lo que nunca alcanzaron á comprender los turcos fué el objeto para que se destinaron las cortadas trenzas de la sultana.

A los pocos dias de muerta esta las puertas del calabozo del ex-rey preso se abrierron de par en par; Bed-jali-homet fué recibido por su corte que se hallaba reunida en el alcázar. Seis dias despues, cabalgando en un soberbio caballo árabe espléndidamente enjaezado, recorria las decoradas calles de Constantinopla, rodeado de toda su córte y unánimemente victoreado por la multitud, que lo aclamaba de nuevo gran señor de la Turquía. Se dirigió al Divan (palacio del Consejo), desde uno de cuyos balcones manifestó á su pueblo su agradecimiento. Despues, á presencia de todos sus nobles cortesanos, como dueño de vidas y haciendas que era, profirió sentencia contra el asesino de su hermana, diciendo: que si era hombre le daba derecho á sus tesoros, y que si fuera mujer, jóven y hermosa, compartiria con ella el trono.

Dejémosle, pues, en su palacio en la completa posesion de todo lo que le fué usurpado, y volvamos á Aurelia y Florinda que, ignorantes de todo esto, descendieron en la isla de Creta, no muy léjos de la gruta, á poco más de las cinco de la tarde. Las dos niñas se apearon de los caballos y estos se volvieron á perder por segunda vez de su presencia por entre

las escasas nubes que recorrian el espacio. Aguardaron á la noche entretenidas en la contemplacion de las variadas florecillas de que se hallaba provisto el campo, y acercándose poco á poco á la gruta.

Era esta una basta covacha construida por la naturaleza en el corazon de una enorme piedra. Se penetraba en ella por una abertura escarpada que no diferia ninguna forma; sus habitaciones consistian en una sola pieza en el piso solar; únicamente recibia luz por la abertura, en cuya parte superior, como ya sabemos, habia una media-luna de hierro; su mueblaje no era mas que una grande mesa de nogal, una silla de brazos con respaldo y asiento de cuero, una blanda y espaciosa cama oriental y una lámpara antigua encima de la mesa. No tenia puerta.

Llegó la noche; el horizonte cubierto de grandes y densas nubes que fueron agrupándose sucesivamente al decaer la tarde, mantenia el campo en la mas completa oscuridad. Aurelia y Florinda estaban junto á la gruta, fijos siempre sus ojos en direccion á la media-luna. De pronto apareció en ella el *fuego de Santelmo*. Las dos niñas penetraron en la gruta. El gigante estaba como habia dicho la rica matrona, tendido sobre la cama oriental y dando unos fuertes ronquidos que resonaban en la concavidad de aquella estancia de roca. Aurelia, despues de aplicarle el narcótico, sacó las trenzas y las entrelazó por el cuello del gigante; despues dando un cabo á su hermana, la dijo:

—Tira fuerte.

A un mismo tiempo las dos niñas tiraron en opuesta direccion; el gigante abrió los ojos, la boca, sacó la lengua, llevó las manos al cuello, se tendió cuan largo era y dejó caer los brazos: habia muerto. Aurelia rió; Florida bajó la cabeza.

—Guarda tú las trenzas, dijo aquella.

Y Aurelia, despues de entregar las trenzas á su hermana, cogió el puñal y con la mayor destreza sacó los ojos al gigante. Colocólos uno en cada cajita y entregó una de estas á Florinda; despues salieron de la gruta, y una vez en el campo dijo Aurelia:

—Vamos á ver si esta vez nos ha engañado tambien la dama. ¿Qué pediremos?

—Volver á la vida á nuestro padre.

—Para esto debemos estar en Gratz, repuso Aurelia.

—Pues que nos lleven á Gratz.

—Esto es; pero como nos hallamos en una isla de la cual no podemos salir sin embarcarnos, pediremos una embarcacion que nos conduzca á Gratz, y allí...

—Ah! sí, sí; pide, pide, exclamó Florinda con la mayor alegría.

Aurelia pidió la embarcacion; como por encanto se hallaron orilla al mar y flotando sobre sus aguas una hermosa y grande fragata, desde cuya cubierta llegaba á ellas los ecos de una armoniosa música. Atracada á la orilla una rica falúa las aguardaba para llevarlas á bordo. Aurelia y Florinda se miraron con la sonrisa en los lábios, y saltando en ella fueron conducidas á la hermosa nave, siendo recibidas allí con saludos, músicas y cantares.

LAS DOS PALOMAS.

Ya á bordo, fueron las dos niñas objeto de las mas asiduas consideraciones por parte de los tripulantes de la fragata; ésta se hallaba revestida de real gala, teniendo cogidas á sus jarcias infinidad de hermosas guirnaldas de flores artificiales separadas entre sí por algunas pintadas banderolas, que prestaban sus caprichosas ondulaciones al soplo de un viento algo borrascoso. A favor de la oscuridad de la noche se veian resplandecer, con mágica profusion, pequeños farolitos de color que cubrian sus mástiles, dándole el aspecto de un paraiso ambulante. A popa se habia construido un entoldado que cobijaba una grande mesa con esculturas doradas, en la cual habia un espléndido refresco con que fueron obsequiadas las dos pastoras. Luego se dió principio entre los marineros á un ridículo baile, acompañado con flauta, parodiando una de las danzas de los salvajes de la Nigricia, cuya mímica escitaba la hilaridad de las dos hermanas.

De pronto, un fuerte huracan, acompañado de un formidable aguacero dió principio á una desastrosa borrasca, obligando á los marineros á suspender su grotesto baile para ocuparse en las preventivas maniobras que requeria la situacion de la fragata. A esto sacó Aurelia su cajita de oro, diciendo á aquellos que permaneciesen descansados, porque en nada debia influir la tormenta en la embarcacion en que ellas iban; y pidiendo la seguridad y salvacion de la fragata, dejó esta de zozobrar. Aumentaba la tormenta, pero el buque permanecia impasible y tranquilo, siguiendo normalmente su carrera.

Continuó la danza en medio de la cubierta á la luz de los relámpagos y faroles, recibiendo en pleno el fuerte aguacero que caia. Por último, Aurelia y Florinda manifestaron deseos de descansar, y se dió fin á la fiesta. Las dos niñas fueron conducidas por un grumete á una lujosa cámara de popa; y despues de haber entregado sus vestidos al jóven marino para que los tendiera debajo del entoldado, con propósito de secarlos, cerraron la puerta. El grumente obedeció lo que se le habia mandado, y despues se fué á acostar á un ancho y oscuro camarote en donde dormian los demás marineros. El contramaestre y el timonero quedaron solos á cubierta.

Prosiguió la tempestad secundada por los truenos y relámpagos; en la fragata reinaba un silencio sepulcral, luego despues se oyó una voz que cantaba la siguiente barcarola, escuchada no más por las dos pastoras y los de cubierta. Los demás tripulantes dormian profundamente.

Su oleaje el mar agita,
el trueno airado retumba,
y con estrépito zumba
el deshecho vendaval.

Y así impávido el marino
descansa en mullida cama,
sin temor al mar que brama,
sin temor al temporal.

Despues de un corto intérvalo de silencio repitió la voz la misma cancion, pero por desgracia no fué para nadie significativa, y sí por todos olvidada apenas concluyó la voz su repeticion. La iluminacion de la fragata fué apagada, Aurelia y Florinda se durmieron. El contramaestre y el timonero, ocupados únicamente en sus obligaciones, no vieron lo que cerca de ellos estaba pasando.

Lo referimos nosotros.

Dos blancas y hermosas palomas detuvieron su vuelo en el palo mayor de la fragata; luego una de ellas descendió más y se internó debajo el entoldado, posándose en la cuerda que sostenia los vestidos de las dos pastoras; la otra la siguió. Andando por la cuerda tomaron posesion de un vestido cada una, y á picotazos descubrieron la abertura de los bolsillos, introduciendo entre ellos parte de sus cuerpos, despues emprendieron el vuelo llevando en sus picos dos pequeñas cajitas de oro.

La fragata empezó á zozobrar á impulsos del agitado oleaje, y venciendo la resistencia del timon desorientó la brújula y emprendió una rápida y velocísima carrera en contra direccion. El contramaestre y el timonero fueron arrojados al mar por una ola que barrió la cubierta, quedando la fragata al arbitrio de las olas. Las dos niñas despertaron á un fuerte sacudimiento de la combatida embarcacion, y reconociendo la situacion en que se hallaban, saltó Aurelia de la cama y se fué corriendo al entoldado. Metió la mano en el bolsillo de su vestido y no encontró nada, hizo lo propio en el de su hermana y lo halló vacío. Entonces gritó desesperadamente:

—Florinda! Florinda! levántate, estamos perdidas.

La mas pequeña de las dos pastoras corrió adonde estaba su hermana. Aurelia y Florinda, viéndose solas á cubierta, llamaron y nadie compareció, entonces se hincaron de rodillas y abrazadas, sus cabezas en los hombros una de otra, lloraron juntas.

La lluvia cesó, el cielo fué despejándose apareciendo tachonado de mil refulgentes estrellas, solo un viento submarino mantenia la mar revuelta. Una hora despues, las tinieblas de la noche empezaban á disiparse á los primeros albores de la mañana, y cuando el sol extendia sus rayos dorados sobre la tierra, Aurelia concibió un medio de salvacion con lo que á su vista se presentaba. Cercana á la embarcacion una vasta llanura las ofrecia un repentino refugio. Aurelia se acordó que habian sido trasportadas á bordo en una chapula, buscóla y la vió, juguete de las olas, echada al agua y amarrada por una cuerda á un garfio de popa. Reunió la cuerda hasta rozar la falúa con la fragata por la parte de babor en que habia la escalera de desembarco, y dijo á su hermana que pasase á ella. Florinda obedeció, resignada á todo, descendiendo por la escalera; Aurelia bajó tras ella. Encontraron en la chalupa una escalera de cuerda y dos remos. Aurelia sacó el puñal que ya sabemos y cortó la cuerda á que estaba asida la barca; cogió un remo y Florinda otro. Remaron en direccion á la llanura, pero el trecho que para llegar á esta hubiera recorrido cualquier marino en treinta minutos, exigió de ellas mas de dos horas de continuos esfuerzos y trabajos; por fin saltaron á tierra.

Aurelia cogió un remo y lo clavó profundamente en la arena, asió á él el cabo que sostenia Florinda para sujetar la barca, y dijo á su hermana: vamos á recorrer la llanura.

Pocos pasos habian dado internándose en ella cuando oyeron como el estruendo de un derrumbamiento, dirigieron la vista hácia donde estaba la fragata y la vieron que, sin freno ni direccion, se estrellaba en un arrecife que asomaba á la superficie.

EL AUSTRIACO.

Mucho anduvieron las dos niñas sin direccion por la llanura aguardando á que su precaria suerte las deparase el encuentro con alguna caritativa persona, ó las ofreciése un humilde techo donde descansar y guarecerse del relente de la noche, que con pasos agigantados se las venia encima. Su frugal alimento de aquel dia solo consistió en algunos frutos de los árboles que se ofrecian á su paso, satisfaciendo su sed en las cenagosas aguas de los pantanos. Rendidas de cansancio hubiéralas faltado ardimiento para continuar su extraviado camino, á no alentarlas el descubrimiento de los tejados y azoteas de una poblacion que ellas creyeron cercana; pero esta, cuando las dos pastoras más próxima la esperanzaban, cuando creian ya estar recorriendo sus calles implorando de sus compasivos vecinos la hospitalidad que tanto codiciaban, desaparecia á su vista detrás de un cerro ó de una colina, no volviendo á aparecer hasta despues de mucho andar. La opaca claridad del crepúsculo de la tarde cedia su puesto á las densas sombras de la noche, cuando Aurelia y Florinda divisaron un bulto que se las iba acercando; á poco rato reconocieron ser aquello una mujer con una jarra en brazos. Dejaron que se aproximase á ellas, y cuando la tuvieron cerca fueron á su encuentro. La mujer se asustó y Aurelia, conociéndolo, la dijo:

—Perdonad, señora: desearíamos saber dónde nos encontramos, y qué pueblo es ese que tantas veces se nos aparece y al que nunca podemos llegar.

La mujer hizó una significacion como quien no comprende el idioma con que se le habla, pero Aurelia sin notarlo, continuó:

—Hemos sido engañadas, señora; una pérfida dama con falsos halagos y lisonjeras promesas nos ha sacado de nuestro país, Austria...

En esto pareció que la mujer habia comprendido el nombre del imperio que Aurelia acababa de nombrar, pues hizo seña á las dos niñas para que la siguiesen.

Poco tuvieron que andar las dos pastoras, acompañadas de su guia, para llegar á un pequeño soto del bosque, donde se habia construido una casucha de madera claveteada con palos trasversales, y cuyos habitantes se componian solamente de la jóven mujer, que encontraron las dos hermanas, y de un pobre anciano que dentro de la choza estaba aguardando la vuelta de aquella.

La mujer de la jarra y nuestras dos pastoras entraron en la casucha, y al llegar á presencia del anciano dijo aquella, en su idioma, sin que Aurelia y Florinda lo entendiesen:

—Padre, he encontrado á estas dos niñas extranjeras cerca de la fuente del Caño, y por lo poco que he comprendido de su conversacion andan divagando solas y perdidas. Oí que nombraban á vuestra patria y he creido que serán hijas de vuestra misma nacion.

—Acercaos, hermosas niñas, dijo el anciano en lenguaje austriaco.

Las dos niñas sintieron una viva satisfaccion al encontrarse con una persona que hablaba lo mismo que ellas, y se acercaron sin recelo al anciano que estaba sentado en una silla de madera apoyándose en una vieja muleta. Preguntólas:

—¿Cómo os llamais?

—Aurelia.

—Y yo Florinda, respondieron alternativamente las dos niñas.

—¿De dónde venís?

—De Gratz.... de Inspruck... de la Gruta del Diablo, de léjos, señor, de léjos; dijo Aurelia prorumpiendo en un fuerte llanto, que obligó á su hermana á llorar tambien.

La denominacion de la morada del gigante impresionó tanto al anciano, que le obligó á preguntar:

—¿Qué es eso de la Gruta del Diablo?

—¡Ah, señor! dijo Aurelia; si os dignáseis escucharme os diria cuanto hemos sufrido despues de la muerte de nuestro querido padre, engañadas por una misteriosa dama que nos ofreció su amparo y proteccion.

—Habla cuanto quieras, dijo el anciano con amabilidad, ya te escucho.

Aurelia refirió entonces cuanto dejamos descrito en los capítulos anteriores, omitiendo solamente el hecho de las dos palomas que ella misma ignoraba aún. Cuando concluyó, las dijo el anciano:

—Para vuestra edad y naturaleza verdaderamente son muchos los padecimientos que habeis sufrido; pero quizás otros mayores os aguardan aun.

—¡Qué decís, señor!... ¿Dónde, pues, nos encontramos? preguntaron con asombro á un mismo tiempo las dos niñas.

—Vais á saberlo: esta llanura, que decís vosotras, y á la que habeis abordado durante el naufragio, es la isla Ninfon; la poblacion que, mientras ibais errantes por la isla, se os aparecia y desaparecia detrás de los cerros y colinas es Jedo; residencia y córte del monarca del imperio del Japon. Esta choza en que estais ahora pertenece á un bandido austriaco que, cuando jóven, con sangre de sus hermanos, tiñó los Karpathos, esos elevados montes de Austria que habreis oido nombrar muchas veces á vuestro padre Despues, huyendo de la persecucion de la justicia, para refugiarse aquí, tuvo que someterse á las costumbres del país y á las leyes del emperador que prohibe á todos sus súbditos el acoger y dar hospitalidad á ningun extranjero, mientras no se preste á sus exigencias.

—¿Y no podeis acogernos por esta noche? preguntó Florinda.

—De ningun modo; respondió el anciano, á lo que Aurelia repuso:

—¿Qué debemos, pues, hacer?

—¡Si no fuérais tan niñas!... admiró el anciano; pero no, dijo en seguida, lo que iba á proponeros es imposible.

—No importa, decid, dijo Aurelia que, como acometida de un vértigo, estaba resuelta á arrostrar por todo. Nada hay imposible en este mundo.

—Aunque fuérais el mismo gigante de la Gruta del Diablo, prosiguió el dueño de la casucha, no daríais cima á la árdua empresa que iba á manifestaros, si bien es verdad que con ella os haríais felices para lo que resta de vuestra vida.

Este era el mejor aliciente para las dos pastoras, que preferian la muerte á su triste situacion. Por esto quizás, por primera vez despues de tantos azares, se atrevió Florinda á decir:

—Si es así, seguras estamos de llevarla á cabo.

—Aunque muramos: continuó Aurelia.

—Escuchad, pues, dijo el anciano. No léjos de aquí hay un suntuoso palacio habitado por una poderosa y jóven señora que, de algunos años á esta parte tiene consternado todo el imperio: y ella da seguridad á los criminales para cometer impunemente toda clase de delitos, cuyo feliz

ó no sea sabido á sus ocultas y pérfidas maquinaciones; ella dirige con su invencible poder las exhalaciones de la tempestad, cuando le es precisa la destruccion de un edificio ó la ruina de una familia. Esto es lo que motivó la prohibicion del monarca; exigiendo á los extranjeros que quieran residir en su imperio, la obligacion de librar á este del omnímodo poder de esta sangrienta señora, por medio de la muerte. Si tal no hace, y es habido el extranjero, lo presentan al emperador, y este lo sentencia á morir al otro dia quemado en una de las plazas públicas de Jedo.

—¡Dios mio! exclamó Florinda, ocultando su rostro entre las manos.

—¡Oh! la mataremos, dijo Aurelia con resolucion.

—¡Infelices! prosiguió el anciano; para atestiguar su muerte y ser recompensadas, debeis presentar al monarca la ensangrentada cabeza de la dama, á quién él conoce perfectamente.

—¿Y esto qué importa despues de muerta? dijo Aurelia.

—Nada; pero para llegar á matarla hay que vencer muchas y grandes dificultades. En primer lugar, continuó el anciano, debeis saber que de las veinte y cuatro horas de que se compone el dia y la noche, las veinte y dos se defiende ella con su poder, que es incontrarestable.

—¿Y por qué no las otras dos? preguntó Aurelia.

—Porque son las en que dura su sueño; y mientras duerme es impotente su poder, como lo es tambien para descubrir lo futuro.

—¡Entonces... dijo Florinda.

—Tiene otros medios de defensa, si cabe, tan difíciles de vencer como el primero, dijo el anciano.

—Sepámoslo, dijeron las dos niñas.

—Las tres grandes puertas de entrada que tiene el palacio, están guardadas por un sin número de atléticos soldados armados de gruesas porras, á quienes no hacen mella, como al gigante de la Gruta del Diablo, los golpes del arma blanca ni los disparos de la de fuego. No obstante, hay que hacer dos observaciones: la primera, que de doce á dos de la madrugada, que son las dos horas de su pesado sueño, si bien tiene cerradas todas las puertas del interior del palacio, que comunican con la estancia en que ella duerme, se ve precisada á mantener abiertos dos espaciosos y bajos balcones de la misma, para respirar desahogadamente el fresco aire de la noche, sin cuya circunstancia dejaria de existir. La segunda, que, una vez alcanzada su muerte, se abriran todas las puertas cerradas prodigiosamente de par en par, facilitando el paso por todos los corredores, hasta llegar á las tres puertas de entrada que, abiertas tambien, nadie impedirá por ellas la salida...

—¡Oh! interrumpió Florinda, entonces penetrando por los balcones.

—¡Ah! sí, sí; prosiguió Aurelia.

—Dejadme concluir, dijo el anciano: un grueso y fuerte muro circuye la parte esa del palacio en que hay los dos balcones...

—No importa, lo escalaremos, dijo Aurelia.

—Si, si, lo escalareis, continuó el dueño de la casucha, para ser devoradas por las hambrientas fieras que encierra el foso entre el muro y el edificio.

—¡Fieras decís! exclamaron con el mayor asombro las dos niñas.

—La señora del palacio fia mas en ellas que en la lealtad de sus soldados la conservacion de su vida, durante las dos horas de su impotencia. Ya veis que penetrar al palacio por las tres puertas principales es,

imposible... ¿Os atreveriais, pues, pobres niñas, á escalar el muro y los balcones?

—¡Oh! no, no; desistimos, dijo Aurelia con todo el abatimiento de su alma.

—Pues bien, dijo levantándose el anciano, si vuestras facultades no alcanzan á quitar la vida á esa señora, salid cuanto antes de la isla, porque, mañana quizás, sufririais la horrorosa muerte que aguarda aquí á los extranjeros. Aprovechaos de la oscuridad de la noche para evitar todo encuentro con los isleños, volved á la orilla, recogeos en el bote, si es que lo encontrais, y aguardad en él el paso de cualquiera embarcacion que os acoja á bordo.

Transidas de dolor las dos niñas, demostraron su reconocimiento al anciano con un:

—Gracias, señor.

—Ahora, dijo este, antes de marcharos, tomareis algun alimento para reponer algun tanto vuestras fuerzas decaidas, y en cambio, si algun dia volveis á Austria, direis á todos los que refirais esta aventura, que habeis cenado en compañía del bandido de los Karpathos y de su hija.

Las dos pastoras, el anciano y su hija comieron en poco tiempo una modesta cena, despues Aurelia y Florinda salieron de la casucha, y por segunda vez se encontraron solas en medio de aquel bosque, alumbrado á la sazon por los claros y refulgentes de una hermosa luna.

LA ORACION.

Siguiendo por sendas extraviadas y desconocidas, quiso la casualidad que al despuntar el alba se encontrasen Aurelia y Florinda otra vez á orillas del mar, y no léjos de la chalupa, que aun permanecia amarrada al remo que clavó Aurelia en la arena, sin que faltasen en ella la escalera de cuerda y el otro remo. Las dos niñas saltaron á la barquilla y se tendieron, quedando al poco rato Florinda dormida de cansancio. Viendo Aurelia que su hermana dormia tranquila y sosegadamente, se sentó á su lado, y apoyando el codo derecho en la rodilla y la cabeza en la mano, á la par que estendia su incierta mirada por la inmensidad de los mares, exclamaba con triste acento:

—¡Gratz!... ¡patria mia!... ¡padre querido!

Luego se cerraban imperiosamente sus lábios, pero la contínua agitacion de su pecho acongojado, comprimiendo uno que otro suspiro, y algunas lágrimas que, desprendidas de sus ojos, rodaban por sus mejillas, demostraban bien claramente la pesadez de su jóven corazon.

De pronto su abatida cabeza se irguió, púsose de pié en la barquilla, enjugó sus ojos, y asomando en sus lábios una sarcástica sonrisa, despertó á su hermana diciendola:

—Despierta, Florinda, despierta.

—¿Qué tienes, Aurelia? dijo aquella despertando sobresaltada y estregándose los ojos.

—Escucha: nuestra muerte es segura si permanecemos mas tiempo en esta isla, pues ya sabes lo que nos dijo anoche el austriaco, y no obstante hay que recorrer parte de ella para proporcionarnos algun alimento: esto nos expone á morir quemadas. Tambien puede ser que antes de que

ninguna salvadora embarcacion nos acoja á bordo, seamos descubiertas en esta barca y presentadas al emperador; con lo cual nos esponemos á morir tambien. Estas son las reflexiones que me hacia, no ha mucho, velando á su lado, cuando un antiguo recuerdo de nuestra infancia ha despejado mi confusa imaginacion, presentándome el último y único medio de librarnos de la muerte, proporcionándonos un halagüeño porvenir.

—¿Y qué medio es ese?

—La muerte de esa dama del palacio de las fieras.

—¡Otra vez!... ¿No te has convencido ya de que es imposible?

—Atiende, dijo Aurelia: ¿No recuerdas tú una oracion que nuestra buena madre nos enseñó cuando pequeñitas, para ahuyentar el lobo ú otra fiera que viniese á cebarse en los ganados?

—Sí, recuerdo.

—¿Sabes decirla?

—Escucha.

Y Florinda, no comprendiendo aun claramente la afortunada idea de su hermana, dijo con acento de anacoreta:

Virgen santa verdadera,
Madre de desamparados,
ahuyenta esa hambrienta fiera
que devora los ganados;
Mis preces lleguen á ti,
Reina del cielo divina,
y de la fiera dañina
líbranos á ellos y á mí. Amen.

—Esta misma, dijo Aurelia. Vamos ahora á jugar de una vez el todo por el todo. El palacio de esa señora debe estar cerca de la choza del austriaco, segun nos ha dicho él mismo; cogemos pues, esta escalera de cuerda, que nos servirá para escalar el muro por una y otra parte, yo seré la primera en escalarlo, haciendo uso de la oracion al bajar por el lado de las fieras. Si las encuentro humilladas al imperio de mi rezo te llamaré; pero si oyes sus rugidos y mis ayes al ser por ellas devorada, huye, escóndete, vuelve á la barca y busca con ella tu muerte ó tu salvacion.

—¡Oh! no, yo moriré ó me salvaré contigo, dijo Florinda con todo el fraternal amor de que rebosaba su corazon.

—Haz como quieras, dijo Aurelia.

Acto continuo cogieron la escalera y saltaron á tierra. Aurelia desató la chalupa del remo á que estaba sujeta, y tiró la cuerda al agua; arrancó el remo de la arena y ladeando con él la barquilla fué esta llenándose de agua, hasta quedar del todo sumergida. Despues tirando tambien el remo al mar, dijo:

—Ahora, á muerte ó á vida.

Y marcharon en direccion á la casucha del bandido de los Karpathos. Llegado que hubieron le manifestaron su resolucion, y los medios de que se valian para llevarla á cabo. El anciano, si bien no tenia la menor confianza en ellos, pues le parecian absurdos, las tuvo en su compañía hasta las doce y cuarto de la noche, á cuya hora las acompañó hasta las mismas paredes que formaban el cerco de las fieras, en la parte de atrás del palacio, en cuyo lugar las dejó, diciéndolas:

—Dios os ayude, pobres niñas.

El austriaco regresó á su casa, y Aurelia y Florinda dieron vuelta al muro para reconocerle minuciosamente, á fin de proporcionarse el escalamiento más fácil posible. Al efecto observaron que aquel paredon de la parte izquierda estaba pegado al palacio junto á unas grandes rejas que en número de nueve, á palmo y medio de elevacion una de otra, daban claridad á una angosta escalera, que de los bajos del palacio conducia á uno de los elevados torreones de la azotea, y por medio de las cuales era muy fácil escalar el muro por la parte de afuera.

Advertido esto por la mayor de las dos hermanas, dijo á la otra

—Vamos á ello, dame la escalera. Ya no tenemos necesidad de ella para subir al muro, atiende como yo lo hago.

Echóse Aurelia la escalera á los hombros, y empezó á trepar por las rejas, asiéndose fuertemente de los hierros, hasta llegar á lo alto del muro, cuyo grueso era de cerca de dos palmos. Una vez en él contempló, con espanto, á la claridad de la luna, á los tigres, leones, panteras, leopardos y otra infinidad de voraces fieras que, harto seguras de que nadie iria á importunarlas dormian sosegadamente, aunque fuese su cometido la vigilancia. Aurelia dudó un momento; pero al fin pareció decidirse y clavó hondamente en el muro los gárfios de la escalera, dejándola caer á la parte de adentro. Al ruido que produjo la escalera al caer, levantáronse las fieras prorumpiendo en agudos y espantosos rugidos, que por segunda vez hicieron titubear á la jóven pastora. Luego se revistió de heroicidad; y, dijo á su hermana:

—Florinda: adios, hermana mia.

Y descendió por la escalera rezando en alta voz la oracion.

El aullido de las fieras fué cesando, y Aurelia las vió agacharse repentinamente como si temieran el látigo del domador levantado sobre su cabeza. Cuando estuvo á su lado le lamieron los piés; y ella, despues de acariciarlas con la mano, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Animo, Florinda, estamos salvadas.

La más pequeña de las dos pastoras hizo con grande rapidez y arrojo la misma operacion que su hermana, y las dos niñas se encontraron juntas al pié de los bajos y abiertos balcones del dormitorio de la terrible dama, vencedoras de las fieras.

Servia de dosel á dichos balcones, para resguardo del sol, una vieja parra de robusto y tortuoso tronco, que valió á las dos niñas de escalera para ascender con toda facilidad, y penetrar en la estancia de aquella señora que tanto aterrorizaba á los japoneses.

Pasaremos por alto la descripcion de esa lujosa cámara, y solo advertiremos, á la par de las dos pastoras, que la dueña de aquel suntuoso palacio, atendida quizás la corta duracion de su profundo sueño, dormia tendida en un espacioso y rico divan cubierto el rostro con un velo. Un rico velador que tenia al lado sostenia un rico candelabro de oro, difundiendo la claridad de sus bujias por todo el ámbito de la estancia.

Asidas de las manos llegaron las dos niñas silenciosamente al velador y Aurelia soltó á su hermana para coger una pequeña cajita que habia al pie del candelabro; la abrió, y chispeantes sus ojos de alegría, dijo en voz baja á su hermana presentándola la caja:

—Mira, Florinda, ¿lo reconoces?

—¡Oh! si... Los ojos del gigante.

—Los mismos.

—¡Si será ella! dijo Florinda abrazando con su investigadora mirada toda la persona de la dama dormida.

—Ahora lo veremos, contestó Aurelia.

Y conteniendo con un brazo la impetuosa curiosidad de Florinda, que se iba á colocar frente á la dama, levantando el velo á esta, dijo:

—Mírala bien.

—Ella es; murmuró Florinda como si temiera despertarla.

—Si, ella, que vá á morir bajo el filo de su mismo puñal, continuó Aurelia por lo bajo.

Y levantando enérgicamente el brazo, lo dejó caer sobre la cabeza de la dama, clavando el arma hasta el pomo. El cuerpo de la rica matrona se vino al suelo, todas las puertas del palacio se abrieron de par en par: habia muerto. Entonces advirtió Aurelia que su víctima llevaba al cinto una gumia africana; se la sacó, y cortóla con ella la cabeza. Entregó esta á su hermana, cubierta con el mismo velo, y guardó en sus bolsillos la cajita que contenia los ojos del gigante. Recorrieron algunos corredores del palacio, sin encontrar criado ni centinela alguno, hasta dar con las tres puertas de entrada. Salieron al campo por la de la izquierda, y se las presentó un enano diciéndolas:

—Valientes niñas, que habeis logrado lo que mortal ninguno podia lograr en el mundo, ¿qué deseais?

—La resurreccion de nuestro padre, felicidad y ventura.

—Alcanzado lo verías, dijo el enano, si al salir del palacio lo hubiérais hecho por la puerta de la derecha, que está guardada por la *Fortuna*. Esperanzarlo podriais si hubieseis salido por la del centro, cuya custodia está encargada al *Deseo*; pero desgraciadamente habeis escogido la de la *Muerte*, que no ha de dejar impune el asesinato de mi señora, sin que puedan valeros los ojos del poderoso de la Gruta del Diablo.

El enano desapareció, y las dos pastoras, burlándose de la especie de amenaza del diminuto criado, emprendieron su marcha en direccion de Yedo. Una hora despues, por el camino, oyeron el golope de un fogoso caballo que se las iba acercando, y cuyo ginete, flaco y demacrado, chasqueaba fuertemente el látigo para impulsar aún más al alazan en su carrera. Al cruzar por delante de las dos niñas, el látigo se desprendió de las manos del ginete, que contuvo á su cabalgadura. Aurelia, por mera cortesia cogió el látigo y, en compañía de su hermana, fué adonde estaba el caballero para entregárselo; pero este, sin tomarlo siquiera, dijo con ira reconcentrada:

—Cúmplase mi voluntad.

El látigo se transformó en un mortífero rayo, pulverizando accidentalmente á la mayor de las dos hermanas. En vano buscaba Florinda á su hermana, en vano la llamaba corriendo desasosegadamente de una parte á otra. Aurelia estaba convertida en polvo del camino. Entonces exclamó la pobre niña:

—¡Qué es esto, señor!

—Acuérdate, Florinda, la contestó aquel ginete, de lo que os dijo el enano al salir del palacio de las fieras; acuérdate tambien del poco aprecio que hicisteis de sus amenazas, fiada, sin duda en el poder de los ojos del gigante; y conocerás que yo soy la muerte, á quien á tiempo envia Dios para vengar el asesinato que acabais de cometer.

—Si; pero Dios no ignora cuánta vileza encerraba el corazon de esa

mujer. Dios sabe muy bien que solo á ella debemos todos nuestros infortunios; porque, burlando nuestra poca experiencia nos lisonjeó con mentidas esperanzas ahuyentándonos de nuestra patria.

—Sabe Dios mas: repuso el escuálido caballero; sabe que ella fué quien hizo asesinar á vuestro padre, que fué ella quien incendió vuestra cabaña; pero tu jóven hermana, seducida por sus promesas, asesinó á la sultana de Turquía y estranguló al gigante de la Gruta del Diablo, y Dios en su justa espiacion, os hizo salir del palacio por mi puerta, y yo, como fiel ejecutora de sus designios, la he privado á ella de la existencia. Mas, Dios tambien, en desagravio de las ofensas que ha inferido vuestra víctima, te concedo á tí la vida. Vé, pues, á Jedo; entrega al emperador la ensangrentada cabeza de la dama, y con lo que te dé vístete de ricas galas y preséntate al Gran Señor de la Turquía, en Constantinopla. Dile que tú eres quien mató á su hermana la reina, mostrándola en testimonio las trenzas que aun conservas en tu poder. A esto debe él su vida y su trono, por lo cual te dará su mano y llegarás á ser la sultana de su imperio.

El ginete picó espuelas á su caballo, perdiéndose entre la espesa arboleda; Florinda dió suelta á su amargo llanto, en desahogo de su lacerado corazon, emprendiendo despues el camino de la ciudad de Jedo.

LA HOGUERA.

Era ya muy entrado el dia, pero una densa y opaca niebla pesaba sobre la ciudad de Jedo ocultando los objetos á tres pasos de distancia. El eco de una fúnebre campana despertando á los habitantes de la ciudad, les recordaba que en la mañana de aquel dia debia consumarse un acto de justicia. La hoguera en una de sus plazas públicas, custodiada por el verdugo que se paseaba impasible con la tea encendida en la mano, esperaba á su víctima. El reo, á quien le faltaba el brazo derecho, sin mas delito que ser extranjero y no tener valor para asesinar á una dama, que está guardada por un sinnúmero de soldados y defendida por voraces fieras, no se inmutaba con la proximidad de su muerte. Los curiosos y aficionados á esta clase de espectáculos abandonaban mas temprano que de costumbre sus blandas camas, y corrian anhelosos al sitio de la ejecucion. Este, para amedrentar mas los ánimos de los espectadores y del mismo reo, se hallaba cubierto de negro; pero en medio de su lobreguez, revestido de vivos colores y ostentando el escudo imperial, se levantaba un catafalco; en él debia presidir el emperador la ejecucion de un capricho suyo que cortaba la vida á uno de sus semejantes: un inmenso gentío invadia el ámbito de la plaza; de pronto el estrépito de una descomunal música obligó á aquel populacho á dirigir su vista á un mismo punto, al palco real; miles de gorros y pañuelos se agitaron al aire saludando al soberano. Luego un profundo silencio dejó percibir de lejos el eco de tres bocinas de caza que precedian al cortejo del reo; entonces el verdugo, colocándose al lado de la terrible hoguera, aguardó la seña para pegar en ella el fuego devorador. Por fin ardió la hoguera cuando llegó el reo á la plaza, y presentado que fué al emperador, este le dijo:

—Extranjero, aun estás á tiempo: ¿Quieres dar muerte á la dama del palacio de las fieras?

—Si vos, señor, dijo el reo, con vuestro poder y vuestros ejércitos sois

impotente para ello, ¿cómo he de matarla yo solo y mutilado, no pudiendo hacer uso mas que de mi brazo izquierdo?

—Muera, pues, dijo imperiosamente el monarca.

Dos servidores del verdugo se apoderaron del reo para atarle al poste, cuando al mismo tiempo se presentó en medio de la plaza una niña en traje de pastora austriaca llevando en la mano un objeto oculto con un velo.

—Deteneos, dijo á los verdugos.

Luego, dirigiéndose al emperador, prosiguió:

—Señor: la vida de este hombre me pertenece; yo he librado á vuestro imperio del tiránico poder de la dama invencible. Yo la he muerto; y en testimonio de lo que os digo, aquí teneis su cabeza.

Y dejando caer el velo del objeto que ocultaba, enarboló el brazo y mostró á todos la cabeza de la rica matrona asida por los cabellos.

Describir la admiracion del monarca y del pueblo todo, es pretender un imposible. El emperador hizo subir á Florinda en su palco, y mientras la niña referia el hecho tal como nosotros sabemos, mandó á dos de sus pajes al castillo de las fieras con órden espresa suya de que lo evacuaran los soldados de la dama; pero cuando los pajes llegaron al sitio que ocupaba el castillo, no se encontraron mas que una casita muy pequeña y un enano sentado al umbral de la puerta. Preguntado que fué por los enviados del emperador, contestó el enano:

—La señora por quien preguntais fué asesinada ayer por dos niñas extranjeras; el castillo que encontrais de menos ha desaparecido envuelto en las sombras de la noche, y yo estoy aquí para llorar eternamente la muerte de mi dueña.

Esta fué la contestacion que dieron los pajes al emperador cuando regresaron: el reo fué puesto en libertad y abolida la prohibicion de residencia en el imperio para los extranjeros.

Quince dias despues, y á la misma hora de la mañana, el pueblo, que antes corria ávido para presenciar una sentencia de muerte, invadia las calles de la ciudad para despedir con fiestas y regocijos á la que, en carroza triunfal, se alejaba de ellos despues de haberles libertado del opresor y tiránico yugo de una poderosa dama. Florinda marchaba á Constantinopla.

Cierto dia hallábase Bed-jell-homet en su palacio presidiendo una sesion de su nobleza, cuando le comunicaron que aguardaba en la antecámara para ser introducido un comisionado del imperio del Japon. Mandó el sultan que lo introdujesen: y un caballero embozado hasta los ojos, al parecer jóven y de gallarda postura, se presentó á él seguido de dos esclavos negros de la India, que llevaban una cajita de ébano el uno y otra de plata el otro. El comisionado hizo una profunda reverencia y dijo:

—Permitidme, gran señor, que guarde el incógnito y conserve el embozo, pues de otro modo no podria deciros que mi señor el monarca del Japon me envia para entregaros este rico presente: con lo cual, al mismo tiempo que anuda mas la imperecedera fraternidad que une á los dos imperios, renovando la mútua intervencion en los asuntos de guerra, os recuerda con ello vuestra redencion en la más triste de las épocas de vuestro reinado.

El sultan tomó las dos cajas de manos del jóven comisionado, y abriendo primero la de plata, á presencia de sus cortesanos, encontró en ella un rico y precioso joyero árabe, de oro macizo, lleno de pedrería y con esta

inscripcion en el centro: *Rama la que ha de regir con vos los destinos del imperio*. Abrió luego la de ébano, y sus ojos tropezaron con un envoltorio de tisú de plata, cogiólo, y al desenvolverlo cayeron al suelo unas trenzas rubias. En el interior de la caja habia un rótulo que decia:

«De ellas mi muerte dimana
si guardo estas trenzas bellas,
Turco, olvida la mañana
que encontraste á tu sultana
asesinada y sin ellas.

Florinda la pastora.

Levantóse el sultan súbitamente; y dirigiéndose á sus nobles cortesanos mostróles las trenzas y les dijo:

—Estas son las trenzas de la princesa mi hermana. Florinda la pastora, una de las que se fugaron, sin duda, de mi alcázar de Pelion, es la que la quitó la vida. Vos, señor comisionado, debeis saber algo de ello. ¿Dónde está Florinda?

—La pobre niña teme vuestro enojo.

—Supuesto que es una niña, como decís, ¿es tan hermosa como jóven?

El comisionado inclinó la cabeza y bajó los ojos.

—¿Qué me respondeis? dijo el sultan.

—Que siempre ha de pareceros mejor que la primera de vuestras mujeres del harem.

—Pues decidla que no dimana su muerte de haber guardado estas trenzas; porque ellas le dan un trono. Conducidla á este palacio, que quiero darla á conocer á mi nobleza por sultana de Turquía.

—¿Se lo jurais? preguntó el comisionado.

—Se lo juro; respondió el sultan.

—A vuestra presencia está; cumplid vuestro juramento.

Y, el comisionado, dejando caer el embozo, descubrió á la mas hermosa de las mujeres en traje de guerra. Era Florinda.

Al dia siguiente, el Gran Señor de Turquía oia contar una historia: la de Aurelia y Florinda; y ocho dias despues, en la mezquita de la córte una pastora se hacia dueña y señora de un vasto imperio.

Los soberanos de Turquía hicieron un viaje al Austria, y visitaron las ruinas de la capilla de la Vírgen de las Mieses, donde una cruz de madera decia al caminante que allí habia sido muerto y enterrado un hombre: era Ludigio.

Hoy sus cenizas y las de la reina Florinda de Turquía reposan en un rico y hermoso panteon dentro de un pequeño santuario que se erigió en lo que fué choza del pastor; y en el que, la mas afortunada de nuestras dos pastoras, quiso ser depositada, despues de treinta años de un reinado feliz, viuda de Bed-jali-hemet, y sucediéndola su hijo Mostar, príncipe de Romanía.

FIN.